

Cuentos de la selva

Autor	Horacio Quiroga Forteza
Género literario	Cuento
Idioma	Español
Fecha y lugar de publicación	1918 en Buenos Aires, Argentina



Datos biográficos del escritor

Nace en Salto, 1878 y muere en Buenos Aires, 1937. Narrador uruguayo radicado en Argentina, considerado uno de los mayores cuentistas latinoamericanos de todos los tiempos. Su obra se sitúa entre la declinación del modernismo y la emergencia de las vanguardias. Las tragedias marcaron la vida del escritor: su padre murió en un accidente de caza, y su padrastro y posteriormente su primera esposa se suicidaron; además, Quiroga mató accidentalmente de un disparo a su amigo Federico Ferrando

Estudió en Montevideo y pronto comenzó a interesarse por la literatura. Inspirado en su primera novia escribió *Una estación de amor* (1898), fundó en su ciudad natal la *Revista de Salto* (1899), marchó a Europa y resumió sus recuerdos de esta experiencia en *Diario de viaje a París* (1900). Ya instalado en Buenos Aires publicó *Los arrecifes de coral*, poemas, cuentos y prosa lírica (1901), seguidos de los relatos de *El crimen del otro* (1904), la novela breve *Los perseguidos* (1905), producto de un viaje con Leopoldo Lugones por la selva misionera, hasta la frontera con Brasil, y la más extensa *Historia de un amor turbio* (1908). En 1909 se radicó precisamente en la provincia de Misiones, donde se desempeñó como juez



de paz en San Ignacio. Nuevamente en Buenos Aires, trabajó en el consulado de Uruguay y dio a la prensa *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917), los relatos para niños *Cuentos de la selva* (1918), *El salvaje*; la obra teatral *Las sacrificadas* (ambos de 1920), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924), *La gallina degollada y otros cuentos* (1925), y quizá su mejor libro de relatos, *Los desterrados* (1926). Colaboró en diferentes medios: *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *La Novela semanal* y *La Nación*, entre otros.

En 1927, contrajo segundas nupcias con una joven amiga de su hija Eglé, con quien tuvo una niña. Dos años después publicó la novela *Pasado amor*, sin mucho éxito. Sintiendo el rechazo de las nuevas generaciones literarias, regresó a Misiones para dedicarse a la floricultura. En 1935 publicó su último libro de cuentos, *Más allá*. Hospitalizado en Buenos Aires, se le descubrió un cáncer gástrico, enfermedad que parece haber sido la causa que lo impulsó al suicidio, ya que puso fin a sus días ingiriendo cianuro.

Quiroga sintetizó las técnicas de su oficio en el *Decálogo del perfecto cuentista*, estableciendo pautas relativas a la estructura, la tensión narrativa, la consumación de la historia y el impacto del final. Incursionó asimismo en el relato fantástico. Sus publicaciones póstumas incluyen *Cartas inéditas de H. Quiroga* (1959, dos tomos) y *Obras inéditas y desconocidas* (ocho volúmenes, 1967-1969).

Influido por Edgar Allan Poe, Rudyard Kipling y Guy de Maupassant, Horacio Quiroga destiló una notoria precisión de estilo, que le permitió narrar magistralmente la violencia y el horror que se esconden detrás de la aparente apacibilidad de la naturaleza. Muchos de sus relatos tienen por escenario la selva de Misiones, en el norte argentino, lugar donde Quiroga residió largos años y del que extrajo situaciones y personajes para sus narraciones. Sus personajes suelen ser víctimas propiciatorias de la hostilidad y la desmesura de un mundo bárbaro e irracional, que se manifiesta en inundaciones, lluvias torrenciales y la presencia de animales feroces.

Sinopsis de algunos relatos del libro

La tortuga gigante



Un hombre muy trabajador se enferma y le recomienda el médico que debe viajar al bosque para mejorar su salud; no obstante, él no quiere ir, ya que tiene hermanos pequeños que debe mantener. El director del zoológico le ofrece que se interne en la selva y que le envíe pieles. El hombre vive la intemperie y disfruta de cazar animales. Poco a poco, su salud acrecenta. Un día, rescata a una tortuga de la ferocidad de un tigre y, al ver malherida al quelonio, la cuida, a pesar de que padece de una fuerte fiebre. Lamentablemente, el hombre enferma gravemente y, la tortuga

viendo que él no se la había comido, lo cuida cariñosamente. Pasa el tiempo, y debido al peligro de que en la selva no existen remedios para el hombre, la tortuga decide llevar a su amigo a Buenos Aires, donde le darán medicamentos. Al final, casi desfallecida, de tanto nadar, la tortuga logra llevar al hombre con el director del zoológico, donde lo curan. La tortuga gigante es adoptada en el zoológico y vive en el jardín muy contenta.

Las medias de los flamencos

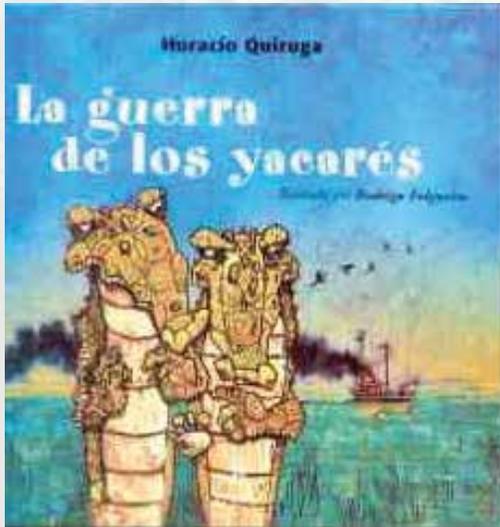
Un día las víboras planearon un baile e invitan a varios animales de la selva: ranas, pescados, yacarés, sapos. Cada animalito se acicala con lo mejor de sus prendas; unos se perfuman, y otros, usan accesorios llamativos durante el baile. Las víboras destacan por sus lindos atuendos. Los flamencos sienten mucha envidia por las víboras y deciden colocarse medias para llamar la atención de las víboras. El problema mayor es que los flamencos van por todo lado y no encuentran medias con los colores que desean. Un tatú les trata de jugar una broma a los flamencos y los dirige con la lechuza. La muy sinvergüenza lechuza les lleva unos cueros de víboras, que minutos antes, había desollado. Muy contentos, los flamencos se van disparados para el baile a lucir sus vistosas medias. Pero, las víboras desconfían de los flamencos y averiguan, que esas famosas medias están hechas con la piel de las hermanas de las víboras, por lo que persiguen a los flamencos y los muerden para que no queden rastros de esas pieles. Como la mayoría de las víboras eran venenosas, los pobrecitos flamencos se les hinchan las patas y tienen que meterlas en el agua todos los días. Por eso, es que los flamencos tienen las patas coloradas, por los grandes mordiscos que les dieron las susodichas víboras.



El loro pelado

Había una vez, una banda de loros muy tremendos que comían de todo: elotes y naranjas. Un día, un peón, le disparó a un loro y lo llevó a la casa de los hijos de su patrón. Los hijos curaron al loro, porque lo único que tenía era un ala rota. El loro se llamaba Pedrito y se amansó al estar en la casa con estos muchachos. Al loro le gustaba mucho el pan con leche y disfrutaba molestando a las gallinas. Cierta día, Pedrito le llama la atención distingue como dos luces verdes que lo están mirando fijamente. Al ver detenidamente, se da cuenta de que es un tigre feroz. El loro invita al tigre a tomar té con leche a la casa de los muchachos; pero, el tigre se enoja y trata de comerse al pobre loro, pidiéndole que se le acerca más al oído, debido a que es medio sordo. Aunque lo único que desea el tigre es comerse a Pedrito. El loro, inocentemente, se dirige a donde el tigre y este le arrancó todas las plumas de un zarpazo. Pedrito se sentía muy retraído, porque quedó muy desfigurado por las plumas que le quitaron y, decidió irse para una cueva y esconderse. Los

muchachos lo llamaban insistentemente; pero, nada que se aparecía en el comedor el famoso Pedrito. El loro pasó un tiempo en la cueva mientras recuperaba sus plumas perdidas. Al tiempo, regresó a la casa donde le daban té con leche y todos se sintieron muy felices. Pedrito le contó al señor de la casa lo que había ocurrido y este le dijo que salieran a cazar al bendito tigre. El loro y el tigre se vuelven a encontrar, pero, esta vez el cazador aguarda para matar al felino. Al final, el cazador le dispara al tigre, lo mata, y termina como alfombra en la cocina de la casa.



La guerra de los yacarés

En un río viven un montón de yacarés. Un día de tantos, los asusta un ruido extraño y que no les es familiar para nada. Un yacaré ya viejo dijo que le pareció escuchar el ruido de una gran ballena. Los yacarés más jóvenes se sintieron muy asustados. Unos se hundieron para corroborar que fuera una ballena y, para risa de todos, lo que se encontraron fue un barco de vapor. Debido al paso del barco, los pescados se fueron asustados y los yacarés quedaron sin su alimento. Los yacarés deciden crear un dique para poder alimentarse. Los hombres del barco les dicen a los yacarés que levanten el dique, porque les estorba para continuar su camino. Los yacarés se niegan y saben que tendrán pescado para toda la vida. Los hombres del barco trajeron otro buque más

poderoso con el propósito de botarle el dique a los yacarés y poder cruzar al fin el dique. Los yacarés no desistían de seguir construyendo diques para conseguir su pescado; pero, los hombres del barco continuaron destruyendo sin piedad los intentos de los yacarés. Los yacarés acuden a un Surubí para que les preste un torpedo y así, evitar quedarse sin el alimento diario. Los yacarés y el Surubí se unieron para destruir el acorazado y que no les siguieran destruyendo sus diques. Con un torpedo, los yacarés se deshacen del barco que tanto daño les causó.

La gama ciega

En esta historia un venado pierde a sus hijos, a causa de que un gato montés se los comió. Un día, la gamita se fue a recorrer la selva y se encontró con un árbol podrido, del cual brotaba una fresca y dulce miel. No obstante, la madre de la gama la regañó por estar robando miel de los nidos de las abejas. La gamita no obedeció a su madre y continuó con la búsqueda de más nidos; encontró uno con unas avispas y por terquedad, lo golpeó. Las avispas la picaron en todo el cuerpo; pero, sobre todo en los ojos. La madre de la gama desesperada por lo ocurrido, lleva a su hija a donde un cazador que posee un remedio para curar la ceguera. La madre necesitó de la ayuda del oso hormiguero para poder llevar a su hija con el cazador. La gama es curada y logra pagarle el favor al cazador.

Bibliografía consultada: Quiroga, Horacio. (1987). *Cuentos de la selva*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Creación: Lic. Carlos González Hernández, Asesor Nacional de Español, Dirección de Recursos Tecnológicos
Diseño gráfico: Lic. Marco Brenes, DRTE-MEP